

Vílchez, L.F. (2019). *En defensa del maestro*. Madrid: PPC, 248 pp.

Este nuevo libro del Profesor Luis Fernando Vílchez constituye una verdadera *apología* del docente, tanto en el sentido etimológico de la palabra como en el sentido filosófico. Supone una defensa razonada y bien argumentada de la figura del maestro, de su función en el proceso educativo de las jóvenes generaciones, de su lugar absolutamente necesario e imprescindible en los procesos de enseñar y aprender que se llevan a cabo en la escuela, de su tarea en medio de una sociedad que no siempre valora adecuadamente y agradece su inestimable aportación.

En una época de cambios que suceden a una velocidad vertiginosa, en la que se ha endiosado a las nuevas tecnologías, como transmisoras del conocimiento y el saber cotidiano, hasta el punto de confundir innovación educativa con el simple uso de estas o su mera introducción en las aulas, el autor reivindica que los recursos y los medios utilizados en la educación pueden cambiar, aparecer y desaparecer, tal y como ha sucedido a lo largo de los tiempos. Sin embargo, la labor de los maestros y profesores es, y debe ser, permanente. Aun cuando no existían los libros ya había maestros, aparecieron los libros y seguía siendo necesario el maestro, han llegado las tecnologías de la información y la comunicación en medio de la era digital y la sociedad del conocimiento y el maestro sigue siendo absolutamente necesario. Porque no debemos olvidar que el proceso de enseñar, instruir, educar es un proceso

yo-tú, una interacción entre personas, en las que el maestro es acompañante, mediador, hermeneuta, facilitador en la búsqueda de sentido para la vida, fomentador para sus alumnos de la conversión de la información al conocimiento, hoy en día en ocasiones tan desvirtuada.

Esta es la tónica en la que se mueve la propuesta del profesor Vílchez, de la que cabría destacar otros aspectos, a mi juicio, sumamente importantes. Así, la necesidad del buen maestro y, al mismo tiempo, maestro bueno, resaltándose que no bastan en la preparación del docente los aspectos relativos a los conocimientos, o su manejo de las distintas didácticas, sino además los que se refieren a rasgos de personalidad de quien enseña y, por encima de todo, la necesidad de su ejemplaridad y su vocación al servicio de los demás. Ser docente implica un gran ejercicio de responsabilidad y compromiso, que requiere de formación permanente y flexibilidad cognitiva a lo largo de todo el ejercicio de la profesión. Lo que es más, supone una forma de vida. Se habla en este libro de tradición, en el sentido de lo que no puede faltar en el trabajo de un buen maestro y de tradiciones pedagógicas que a todos nos han enriquecido. Se pone en valor la importancia del conocimiento pedagógico, filosófico y psicológico como ciencias de la persona, más allá de la burocratización y cuantificación de los aprendizajes en términos económicos más que de desarrollo del ser humano. Se habla de inteligencia y corazón, pensando siempre en el alumno, como horizonte finalista que ha de tener en cuenta el maestro.

El autor habla de innovación educativa siempre desde esta perspectiva, como utilidad fundamental para el desarrollo de las competencias planteadas por la UNESCO en el tan conocido informe Delors, y se aportan datos tomados de investigaciones llevadas a cabo por el autor, en contacto con cientos de docentes a lo largo de su amplia trayectoria profesional. Pero aparece también una perspectiva preocupante, la del sufrimiento de no pocos docentes que son víctimas de ofensas, de malos tratos por parte de los alumnos, del desentendimiento y falta de apoyo de muchos padres, que son más reivindicativos de pretendidos derechos de sus hijos que reforzadores desde la casa de lo que se hace en la escuela, o el desentendimiento de las administraciones públicas que no cuentan con los maestros, que no los escuchan. Este libro supone una llamada de atención a toda la sociedad para revalorizar la figura del docente y su imprescindible labor con las generaciones más jóvenes de ciudadanos, quienes son el futuro que nos aguarda. En las últimas décadas, la labor del maestro se ha visto defenestrada por críticas desde muchos colectivos, que les han convertido en chivos expiatorios de muchas de las carencias, necesidades y dificultades de la infancia actual. Se considera necesario redistribuir de manera objetiva el papel de cada uno, de las familias, de los docentes y del resto de estamentos sociales, en la educación de los niños y adolescentes de hoy en día. La solución no pasa por la permisividad o la excesiva autoridad vivida en otras épocas, sino por el trabajo conjunto y equilibrado en

esta ardua tarea que supone la educación. De esta manera, no se trata, por tanto, de un libro autocomplaciente con la figura del maestro, en el que se le idealice o no se le reclame autocrítica, sino que se busca una nueva toma de conciencia de la situación actual y el papel a desempeñar en esta época tan cambiante y, a su vez, demandante de adaptación, innovación y personalización de la enseñanza. El empeño permanente en una metodología tradicional y las resistencias frente a lo que los docentes consideran «nuevo» no son justificables desde la perspectiva planteada en este trabajo.

Es, además, un libro en el que suenan muchas voces: las de profesores que, en un panel de testimonios, dicen lo que para ellos es un buen maestro, la voz sobre el maestro en la música, en la pintura, en el cine, en la poesía, todo lo cual hace amena su lectura. Es evidente su conexión con las corrientes educativas actuales que propugnan las inteligencias múltiples como un aspecto del individuo fundamental y decisivo en el proceso de enseñanza-aprendizaje, muy a tener en cuenta para lograr hacer realidad un sistema de educación inclusiva tácito y universal. Incluso se resalta la importancia de esta nueva concepción del educador incluso en la formación de los futuros maestros ya desde el ámbito universitario, con una necesidad imperiosa de acercar el mundo de los niños a las aulas universitarias para así preparar de manera más fehaciente a quienes desempeñarán esta tarea en unos pocos años. El conocimiento realista y veraz de la infancia, desde sus diferentes campos

del saber, es clave en el proceso de capacitación de los maestros.

Por todo esto, es un libro escrito con gran conocimiento de causa y un entusiasmo contagioso, altamente recomendable para los propios docentes, pero también para quienes se ocupan, preocupan o interesan por las cuestiones educativas. Porque la educación, como también dice el autor, es cosa de todos. En mi opinión, la aportación del profesor L. F. Vílchez es un toque de atención sobre el maestro, una defensa de su

labor, una reivindicación de su papel en la sociedad y una llamada a darle el valor que merece, a apoyarle siempre, a estar a su lado. Nos va a todos mucho en ello. No hay buena educación sin buenos maestros, y sin educación la sociedad en su conjunto se ve debilitada y carente de habilidades para enfrentarse al futuro. Un futuro que pasa por las tecnologías, por supuesto, pero también por las personas.

Margarita Martín Martín
Universidad Complutense de Madrid